

cién cerrada de Milá y Fontanás, que guarda sus despojos en su querida ciudad nativa, dejando sobre su mármol, al parecer dormido, el numen de la fama; él es también á quien principalmente hoy corresponde, como el guardador y el más profundo conocedor de sus tesoros intelectuales y como el más famoso y amado de sus discípulos, depositar la primera y más rica corona de gloria, en el pedestal de la noble efigie con que la admiración y el afecto de los profesores y alumnos de nuestra Universidad han querido perpetuar en ella su memoria.

A. RUBIÓ Y LLUCH (1)

## APUNTES SOBRE EL POETA PRUDENCIO (2)

### INTRODUCCIÓN

Los reglamentos y costumbres del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario imponen al alumno que pretende graduarse doctor en Filosofía y Letras, el deber de presentar, junto con los rigurosos exámenes orales y escritos, una tesis sobre punto relacionado con sus estudios, que acredite ante el Claustro y el público los conocimientos del graduando, y más que los rudimentos que haya adquirido en las clases, su espíritu de laboriosidad y la buena voluntad que lo anima.

Dos géneros de asuntos pueden elegirse para la tesis: unos que por no haber sido tratados *ex profeso* por los maestros, son susceptibles de cierta originalidad—y tal puede ser, v. gr., el estudio de ciertos autores nacionales;— otros que no son sino mera exposición, en compendio y en forma propia, de lo que el alumno haya aprendido en los libros. Un tema de esta última clase parece más apropiado

(1) Este Discurso fue remitido autógrafa por el Sr. Rubió para nuestra REVISTA. Reciba el ilustre autor, gloria de su patria y amigo de la nuestra, la expresión de gratitud de

LOS REDACTORES

(2) Tesis para optar el título de Doctor en Filosofía y Letras.

para persona que no presume de inteligencia aventajada, para quien ha llegado al fin de la carrera más á poder de estudio tenaz que por gracia de natural talento.

Hemos elegido como asunto de esta imperfecta tesis de grado, las poesías líricas de AURELIO PRUDENCIO CLEMENTE, “poeta lírico el más inspirado que vio el mundo latino después de Horacio y antes de Dante” (1). En los últimos tiempos este maravilloso autor, antes medio olvidado, ha sido objeto de extensos, profundos, luminosos estudios. Probablemente ya nada podrá agregarse á lo que ha alcanzado sobre *Prudencio* la crítica moderna.

Nosotros hemos tenido á la vista lo poco pero excelente que trae de paso Menéndez y Pelayo en su *Historia de los Heterodoxos españoles* (2); el *Fin del paganismo*, de Gastón Boissier (3); y el eruditísimo libro sobre PRUDENCIO, de M. Aimé Puech (4). Recoger los datos más accesibles al común de los lectores, y exponerlos en forma sencilla, con criterio católico, distinto del *naturalista* de Boissier y del acaso *modernista* de Puech, tal es nuestra modesta tarea. Los pocos colombianos que conocen á fondo á PRUDENCIO, los que han leído los trabajos europeos sobre la materia, no hallarán en este escrito sino deficiencias y lagunas. Esperamos, en cambio, que sea útil á nuestros condiscípulos, á modo de información compendiosa; y que acaso interese á algún lector de la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO donde se publicarán estas líneas, imposibilitado para engolfarse en largos y prolijos estudios.

Dividimos la tesis en tres capítulos, á saber:

I. Estado de la poesía cristiana desde sus orígenes hasta PRUDENCIO.

II. Datos biográficos sobre PRUDENCIO.

III. PRUDENCIO, poeta lírico religioso.

(1) Villemain.

(2) Tomo I, páginas 154 y siguientes.

(3) Tomo II.

(4) Introducción, capítulos I y II.

## I

ESTADO DE LA POESÍA CRISTIANA DESDE SUS ORÍGENES  
HASTA PRUDENCIO

El siglo IV de nuestra era sobresale como época muy importante en la historia de la poesía cristiana. Sin haber dejado obras maestras, comparables en buen gusto, elegancia y riqueza con las del siglo de oro de la literatura latina, con las de la vigorosa era de renacimiento en que florece el Dante y compone la *Divina Comedia*, modelo acabado de inspiración sagrada, ha sido aquel período fuente constante de discusión para la crítica de las diversas edades; y en nuestros días, cuando se atiende casi de modo exclusivo al mañana y se mira desdeñosamente el cultivo de lo antiguo, no faltan escritores que, fastidiados de los problemas contemporáneos, vuelven con gusto los ojos hacia el tiempo pasado y acuden á la IV centuria como tema predilecto de estudios eruditos. La variedad de aspectos por donde la contemplan, así en el orden político como en el terreno literario y religioso, mantiene viva la curiosidad de las inteligencias y las atrae al examen de cuestiones que por lo antiguas yacerían en olvido, si no tuvieran en su misma complicación caracteres de interés y vida perdurables. En realidad, el siglo IV es un conjunto de pequeñez y grandeza, de alegría y desolación, de conflictos y de calma, de esplendor y de abatimiento. Por una parte el imperio en vía de destrucción por los desaciertos fiscales y administrativos y por las brechas en sus fronteras á consecuencia de la irrupción impetuosa de los bárbaros; la lucha entre paganos y cristianos, tanto más vehemente cuanto se presentaba ya el desenlace final y el triunfo definitivo de las nuevas creencias; el arte en plena decadencia; las dos lenguas, como las dos literaturas clásicas, tocadas de agotamiento. Para formar vivo contraste, la religión cristiana, que se iba dilatando cada vez más en el continente europeo, infundía un soplo de vida nueva en

los ámbitos de sus crecientes dominios; la resistencia de los mártires de la fe procuraba á la admiración del mundo cruentos pero sublimes y hermosos espectáculos de valor; el entusiasmo de la palabra apostólica desvanecía el sopor de los espíritus, favoreciendo una reacción en beneficio de las letras, la decadencia se moderaba y florecían escritores como San Gregorio Nacianceno, San Paulino de Nola y PRUDENCIO, quienes encaminaron sus miras á fundir en sus obras las formas de la belleza antigua con los primores del pensamiento cristiano.

Sin embargo, no hay acuerdo entre los críticos cuando se proponen juzgar la poesía cristiana y apreciar su justo valor en el siglo IV. Unos, los tradicionalistas de la escuela del Abate Gaume, poseídos de ferviente admiración hacia ella, la ensalzan con frases de entusiasmo, la creen superior en todo sentido á las letras clásicas, la proponen como único modelo digno de la juventud y avanzan en su piadosa exageración hasta el punto de preferir para el cultivo de las facultades estéticas, el conocimiento de Lactancio al de Cicerón, y de posponer la Eneida y la Ilíada á los poemas emanados de fuente bíblica. Los descreídos se lanzan al extremo opuesto, y miran la poesía del siglo citado como una tentativa frustrada y sin importancia. A su parecer, las fuentes de la verdadera inspiración se hallan exhaustas para el poeta cristiano, quien se despega de todo afecto terreno, renuncia á su patria y á su familia, y apaga en el amor divino el entusiasmo por las formas de la belleza sensible; su ideal no es el héroe de Homero, sino el santo, el anacoreta ó el mártir; no celebra la cólera de Aquiles, fecunda en horrores, inspiradora de cantos inmortales, sino la humildad del creyente, que en medio de su fervor se despoja voluntariamente de su misma personalidad para sumergirse en la contemplación de un Dios único, inmutable é invisible. ¿Qué especie de poesía, dicen, podrá brotar de un hombre sumido en la oscuridad de los arcanos de Dios? Por lo demás, los mismos cristianos, en sus horas de crisis y en momentos de indignación contra

el influjo de la literatura pagana, hablan de la oposición que reina entre Cristo y Apolo, entre la Iglesia y las Musas. San Paulino de Nola, uno de los más célebres poetas del Cristianismo, prorrumpe en esta frase que corrobora en apariencia tan injustas opiniones: "*Negant Camoenis, nec patent Apollini Christo dicata pectora.*" Tampoco faltan escritores imparciales que, guiados por la lumbre de un criterio reposado y juicioso, tratan con método verdaderamente histórico la poesía latino-cristiana y la colocan en su puesto merecido. Para no condenarla con vanos prejuicios y ahorrar conceptos equivocados sobre su legítimo valor, conviene hacer algunas observaciones sobre sus verdaderos orígenes, el medio en que nació y las circunstancias que más de cerca contribuyeron á su desarrollo.

Primeramente adviértase que las letras griegas y latinas no fueron factores en la fundación del cristianismo. Jesucristo, en su tránsito por el mundo, en su predicación divina, y en el cumplimiento de la misión que le había confiado su Padre, nunca se valió del arte, en el significado griego y latino de la palabra. Bastábale con que resplandeciera en su persona, en sus discursos y en las infinitas perfecciones de su vida, aquella belleza moral, origen de la más sublime y hermosa poesía. La solución de los grandes problemas que venía encargado de enseñar á la humanidad, no podía acomodarse á los pasatiempos y distracciones ligeras de la poesía artificial. Más tarde la imaginación del creyente, apasionada por la libertad del espíritu, negligente en el cultivo de la forma y de cuanto semeja la atadura del pensamiento, temió desplegarse y no empezó á florecer hasta que, desviándose en cierta manera hacia otras esferas, bebió su inspiración en argumentos menos grandiosos y más adecuados á la neta poesía. A primera vista, la severidad del monoteísmo cristiano se muestra desfavorable á las producciones de linaje poético: una doctrina cimentada en altísimos principios, que elimina y excluye de su seno todo elemento que naturalmente no le pertenezca, parece que, lejos de animar, corta el vuelo

á la fantasía, anonada ó marchita la sensibilidad, y no despierta en las potencias humanas las impresiones fecundas que al buscar su expansión natural dan origen á los arrebatos poéticos. Mas poesía es expresión artística de lo bello por medio de la palabra, y no sólo existe la belleza sensible, sino la espiritual, y ésta llega al espíritu humano siempre por el intermedio ó con el auxilio de imágenes corpóreas. Recuérdese que la religión judía, que formaba de Jehová idea tan pura como la que tenemos de Dios los cristianos, produjo los espléndidos salmos de David, las quejas de Job, los lamentos de Jeremías, los amargos desengaños del Eclesiastés: que no fueron obras épicas, ni dramas, sino flores de eminente lirismo.

En cuanto al cristianismo, mientras anduvo reducido al círculo de fieles que constituyeron en Jerusalén la primera comunidad, se abstuvo en buena hora de halagar las exigencias del arte y de la poesía, conservando intactos la sencillez y el candor de su origen; pero cuando se fue insinuando en las ciudades helénicas y romanas, y empezó á contar en el número de sus creyentes sabios, intérpretes, historiadores y literatos, no tuvo para qué conservar su primitiva candidez en la forma. Los espíritus cultivados que abrazaban la nueva religión, renunciaban á sus viejas costumbres y creencias; pero no se despojaban instantáneamente de su manera arraigada de traducir las ideas y expresar los afectos. Fácil cosa es mudar en un instante dado de sistema y de opiniones; pero la forma en que expone cada uno su pensamiento, cualidad natural al escritor ó que en la educación se adquiere y se hace habitual, no se desecha en un momento, puede modificarse y hasta ser reemplazada por otra, pero lenta y progresivamente.

De ahí la diferencia palpable de estilo en el libro inspirado de San Lucas, comparado con los otros evangelistas: le basta la módica cultura griega que ha recibido, para quebrantar los límites de infantil candor que forma en San Mateo y San Marcos, la delicia de las almas sencillas, y para escribir su evangelio con propósito deliberado,

pues lo dedica á un amigo, usa de algún artificio literario; y en el libro de los Hechos de los Apóstoles añadiríase que en ciertos episodios brillan rasgos derivados en la forma de la literatura griega. Por tanto, es un hecho que el cristianismo, á su primer contacto con la civilización europea, se asimiló espontáneamente el arte, y en lugar de empeñarse en destruirlo, dirigió sus esfuerzos á poseerlo, depurarlo y transformarlo en provecho de la verdad.

Los más remotos monumentos de poesía cristiana corresponden, por orden de tiempo, á los dos primeros siglos de la Iglesia, y sería designio curioso estudiarlos en los escritos legendarios y anónimos que produjo en abundancia la piedad de los fieles, para suplir la sobriedad de pormenores con que se expresan los evangelios canónicos acerca de la infancia de Jesús, la vida de su madre y demás parientes, llenando con tradiciones respetables ó con devotas ficciones las considerables lagunas en que abundan, para la humana curiosidad, por su concisión los libros sagrados.

Entre estas apariciones rudimentarias de la naciente literatura, han prevalecido por su celebridad unas relaciones conocidas con el nombre de evangelios apócrifos. Unos de ellos no contienen error dogmático, pero no los tiene la Iglesia como inspirados por Dios; otros son mezcla de errores y verdades, de tradiciones genuinas y gratuitos inventos; otros fueron forjados por los primeros herejes, para justificar sus doctrinas. Aquí tratamos de ellos en conjunto, considerándolos sólo como monumentos literarios (1). Si se atiende á la forma defectuosa de aquellos libros, no merecen el título de obras literarias; pero considerado el fondo y la sustancia del contenido, entrañan el venero del arte en los siglos posteriores, señaladamente en la Edad Media; presentan en germen inmenso acopio de ideas, leyendas, tipos é imágenes, y se ofrecen como la materia prima, de que han de servirse en adelante no solamente los dramaturgos sagrados sino también los cultivadores de la pintura y la escultura en el transcurso de largos siglos.

(1) Véase *Diccionario de Ciencias Eclesiásticas*.

Algunos apócrifos versan sobre la vida de la Madre de Dios, y se encargan de disipar la ignorancia sobre su familia y primeros años. Nos hablan de los ángeles, mensajeros de su nacimiento, y la describen recogida desde tierna edad en el templo—tradición aceptada por la Iglesia— para recibir allí educación, consagrada al servicio del culto, encendida en caridad, diestra en mayor grado que las otras vírgenes en cumplir sus quehaceres, en cantar los himnos de David, en dar ejemplos de humildad y de pureza y en su amor al trabajo y á la oración. Otros narran con gran variedad de detalles el nacimiento de Cristo, el viaje de María á Belén, la huida á Egipto, la adoración de los Magos, la vida de San José, y de modo especial sus postreros instantes y las escenas ocurridas antes de que su alma purísima ascendiera, guiada por el Príncipe de los ángeles á la mansión de los justos.

Tal vez el cuadro más hermoso de cuantos diseñan á grandes rasgos tan pías leyendas, es uno que representa el triunfo de Cristo sobre la muerte, llamado el evangelio de Nicodemo, en la cual está figurada la unión de la antigua con la nueva ley, cuando el Salvador resucitado desciende al seno de Abraham, ahuyenta las tinieblas con los resplandores de su gloria, vence la resistencia y las iras de Satán y se eleva triunfante á la ciudad de Sión, acompañado de Adán, los patriarcas, los profetas, y del inmenso coro de predestinados que entonan cánticos de júbilo por el cumplimiento de las profecías.

Otro documento de inspiración para el arte de la Iglesia se ofrece en el *Pastor* de Hermas, obra de enseñanza moral, escrita por alguna alma inbuída de misticismo y ternura, con el fin de guiar á los hombres por el sendero del bien, reconciliarlos con Dios en la penitencia y adiestrarlos en el ejercicio de las virtudes, principalmente la caridad, que es la predilecta de Hermas, el héroe de la obra. Emplea aquí y allí, para conseguir su propósito, exhortaciones de moderada sabiduría, y usa de ingenuas parábolas, hechas para consuelo y edificación de los pobres é ig-

norantes, y que una vez penetran en el ánimo, lo impresionan favorablemente y no se borran jamás. Un día contempla Hermas una vid entrelazada á un olmo, y deduce una lección provechosa de tan sencillito espectáculo: el olmo estéril que ayuda á la vid á producir frutos, sustentándola en sus ramas, figura al rico y al pobre. "Disfruta el rico de bienes terrenales, pero es mendigo delante de Dios, en cuanto vive distraído en el cuidado de sus riquezas y sus oraciones carecen de mérito; pero si presta al desvalido el apoyo de su fortuna, recibirá en cambio favores espirituales, porque el pobre es rico en súplicas y en el cielo le oyen fácilmente." No obstante su sabor netamente religioso, las mujeres salen á la escena en el *Pastor* de Hermas, contribuyen á formar cuadros de poesía delicadísima, y entrando en episodios dignos del genio sonriente de la Grecia antigua, comunican á la narración un encanto y suavidad exquisitos.

Materia mejor dispuesta á inspirar y enriquecer la poesía del siglo IV en adelante se encuentra en los poemas sibilinos, especie de cantos de sentido profético y en forma de apocalipsis, compuestos en lengua y metro de Homero por descendientes de Israel, que á la cautividad de Babilonia se habían diseminado en el Asia, sin dejarse absorber por los otros pueblos y conservando fidelidad al culto de sus mayores. Especialmente en la populosa Alejandría se habían acreditado por su industria y sus riquezas, y aunque hallaban complacencia en la lectura de Platón y se conmovían ante la admirable belleza de la antigüedad clásica, miraban con horror los gustos y costumbres griegas, y en su entusiasmo por la propagación de sus creencias, inventaban falsos oráculos y los atribuían á las sibilas, cuyo crédito se prolongó hasta los tiempos de Constantino, haciéndoles predicar la unidad de Dios, la caridad, la pureza, celebrar los triunfos de la verdad y anunciar con acentos de regocijo la ruina próxima del imperio romano y el desaparecimiento de la idolatría.

Despréndese de estas ligeras noticias, cómo en los evangelios apócrifos y demás ensayos rudimentales apenas se dispone y fermenta la materia prima; pero la forma, la expresión adecuada de las nuevas ideas, condición indispensable para lograr la perfección de las obras literarias, no surgió de un momento para otro, y fue menester, para su nacimiento, la elaboración de muchos años y mayor grado de cultura en las inteligencias. La verdadera poesía, en donde se enlaza felizmente el pensamiento cristiano con el estilo heredado de los clásicos, no produce frutos completos hasta que, consolidada la paz de la Iglesia, pueden los ingenios, sin temor á los perseguidores, consagrarse con quietud al estudio y al apacible cultivo de las artes. Entonces brillan ingenios de refinado gusto, que entran á la Iglesia sin perder el amor al arte pagano, persistente después de su conversión, unido al deseo de probar que no es justa la sospecha de oposición entre el cristianismo y el arte, entre la luz de la nueva religión y los entretenimientos de la poesía.

El más antiguo de los poetas cristianos no pertenece á la época en que logran asociarse por el esfuerzo de ingenios cultivados las ideas de la nueva doctrina con los recursos del arte pagano; nace y escribe en el siglo III y no es un gran literato, sino un varón de fe ardiente y sincera piedad, que se convierte á la Iglesia, y á un tiempo con la necesidad de mudar de creencias, experimenta la de instruirse y se dedica á la lectura de los libros sagrados. Su nombre apenas se conserva en el último acróstico de sus *Instrucciones*, en el cual, si se ordenan las primeras letras de cada verso, partiendo del último, resulta la piadosa frase "Commodiano, mendigo de Cristo"; pero no obstante la oscuridad é incertidumbre que reinan acerca de su vida y persona, sus escritos pasaron á la posteridad por extraña disposición de la fortuna, y con examinarlos ligeramente se pone de manifiesto la situación perpleja del Cristianismo cuando empezó á querer cultivar una poesía.

Parece natural que la religión católica, oriunda del cielo y bajada para destruir el culto de las falsas divinidades

y extenderse victoriosa sobre la faz del universo, debiera mirar con menosprecio cuanto supiese á paganismo, y empeñarse en buscar para sus doctrinas una forma inusitada, que estuviese de acuerdo con la novedad excelsa de los pensamientos. La alegoría profética del Evangelio: "El vino nuevo será puesto en odres nuevos y el antiguo vestido se habrá de reparar con retazos de nuevo paño," encontraba aplicación exacta á las vestiduras que iban á cubrir el cuerpo de la naciente literatura. Commodiano inició tan delicada empresa, y para llevarla á cabo renunció á la imitación de los grandes maestros, concibiendo la osada idea de hacer versos ajenos á toda regla. Tanto en la colección de poesías escritas en forma de acrósticos, como en su poema titulado *Carmen apologeticum* ó exposición de la doctrina, prescinde decididamente de la cantidad, ó sea el alma y la sustancia de la versificación clásica; en lugar de la sucesión de sílabas largas y breves, alterna los sonidos graves con los agudos y acentúa con regularidad la primera sílaba de cada pie, para dar música al lenguaje y cautivar el oído de las personas ignorantes. En reemplazo de la cantidad prodiga también la cesura, especialmente la pentémíneris, por ser la más rítmica y la que halaga más vivamente el oído. Su versificación está colmada de caprichos é incorrecciones; la palabra *creditis*, seguida del sustantivo *viro*, desempeña el oficio de dáctilo en el penúltimo pie del exámetro. Su lenguaje abunda en solecismos y faltas de gramática; los verbos no rigen los mismos casos que entre los escritores de la edad de oro; las preposiciones padecen cambios de gran confusión en cuanto á los casos que suelen acompañar. Por ejemplo, antepone *ab* y *cum* al acusativo; usa expresiones como *esse in pacem*, y se adelanta á emplear frases, términos y barbarismos que no fueron moneda corriente sino varios siglos después, cuando la lengua, confundida con dialectos incultos, degeneró de su antiguo esplendor y pureza.

Los parciales de Commodiano afirman que inauguró el nuevo sistema de versificar en contra de su propio buen

gusto y con plena conciencia del fin á que se encaminaba. Admiran en su originalidad las huellas de un letrado que se empeña en abrir á la poesía campos desconocidos, sin tratar de complacer á las clases eruditas, sino de instruir al pueblo rudo, escribiendo expresamente en lenguaje vulgar y en las formas rítmicas más sensibles y materiales. Alegan que Commodiano habla en tono de doctor, y que en su calidad de obispo debía tener superioridad de espíritu y gran fondo de cultura. De unos versos en que censura á los que viven olvidados de la eternidad por disiparse en la lectura de los profanos, arguyen que había estudiado los maestros antiguos, pero voluntariamente hacía caso omiso de ellos.

Preferimos el sentir de otros eruditos, quienes al dar su opinión sobre la iniciativa de Commodiano, le niegan intenciones tan gloriosas y lo juzgan innovador inconsciente, que se expresa en lenguaje vulgar y sustituye el ritmo á la prosodia, porque nacido de las clases populares, procede de acuerdo con el medio en que se formó, y usa del estilo adquirido en los centros oscuros donde recibió educación. Cierto es que la naturaleza lo había regalado con la preciosa dádiva de una imaginación fecunda, y en el ardor efusivo de sus sentimientos comunicaba á sus palabras facilidad y abundancia; pero tamaño desprecio de la antigüedad profana no es admisible en una inteligencia conocedora de la civilización que maldecía. Si su obra fuera un refinamiento de letrado, llevaría las huellas en la afección misma de su rudeza, como acontece á varios escritores y Santos Padres, quienes, al mismo tiempo que atacaban las letras profanas, dejaban ver involuntariamente que eran sus alumnos, y empleaban contra ellas sus propias armas. Tertuliano, en sus vehementes invectivas contra el predominio de la antigua civilización, se esmera en imitar la pureza de los mejores siglos; se adivina al retórico en San Agustín cuando acentúa su sencillez para ser mejor entendido del pueblo; pero Commodiano marcha muy resuelto en medio de sus incorrecciones, sin dar lu-



gar á que se trasluzca lo postizo de su rusticidad. Puesto en la línea que le corresponde, como poeta de secundario mérito, no por eso se debilita el mérito de su obra, por cuanto en ella se revelan á la vez los gérmenes del nuevo arte, que había de dar más tarde sus verdaderos frutos, y la influencia de la poesía hebrea, sensible sobre todo en el uso del acróstico, que á un tiempo con la asonancia ó rima imperfecta, y el paralelismo ó simétrica proporción de las frases, constituían las formas peculiares del verso hebraico. Sus dos producciones permanecen cual monumento solitario de aquella edad, cuando el cristianismo, difundido ya entre pueblos de raza aria, conservaba en su literatura, libre de toda mezcla, el sabor semítico de los libros del Antiguo Testamento.

En pos de Comodiano se marca un movimiento encaminado á “revestir la gloria de la ley divina con los ornamentos de la vieja versificación,” según se expresa el poeta Juvenco. Fracasa por lo pronto la empresa de inventar formas originales para la exposición de las nuevas creencias; y era poco menos que imposible sucediera de otra suerte: las formas literarias jamás nacen de improviso; aparecen toscas al principio, se insinúan con lineamientos más y más cultos, y al fin se naturalizan y se imponen, obedeciendo á lentas transformaciones, á la manera que los perfiles del rostro no se declaran en el cuerpo humano en forma invariable, sino á través de luengas mudanzas, padecidas desde el instante de ver la luz hasta que se llega con los años á la madurez de la vida. El conocido aforismo de que “nada en la naturaleza se realiza por saltos,” se ve patente en los fenómenos de cada literatura y del lenguaje que le sirve de instrumento.

Para ascender del grotesco y licencioso estilo de las Atelanas, ó sainetes burlescos que se representaban para divertir la rudeza de los primitivos romanos, á los cultos y elegantes moldes en que vertieron los raudales de su inspiración Lucrecio y Virgilio, menester fueron el suave influjo de Livio Andrónico, las traducciones atildadas de Ennio,

las piezas togadas de Plauto, las formas más puras de Terencio, y el pulimento y mejora que efectuaron en la lengua y el gusto muchos escritores intermedios. Igual cosa se verifica en orden inverso, ó en el descenso de lo mejor á lo peor.

En tiempos de Comodiano empezaba ya á desvanecerse la cantidad, y la métrica, olvidada en el pueblo, se recluía al círculo de las gentes ilustradas; pero faltaba mucho para extinguirse los metros antiguos, admirables por su flexibilidad, soltura y delicadeza, plegados por largo uso á toda clase de asuntos y tonos, y á propósito para la pintura de los más variados matices.

El ya nombrado Juvenco descendía de familia española, y aunque empapado, como buen sacerdote, en el espíritu de los libros sagrados, no dejaba por eso de satisfacer las exigencias de su gusto literario en la lectura de los autores paganos.

Dio el ejemplo de enlazar en verso los dos elementos extraños, y al efecto escribió su *Historia evangélica*, poema en que relata en centones de versos, entresacados de la Eneida, los mismos hechos narrados por San Mateo. Su escrupuloso respeto al texto sagrado, y el empeño manifiesto de transformar en beneficio del Cristianismo la locución de Virgilio su modelo, imitado con excesiva fidelidad, le impiden vagar libremente en alas de la imaginación, y dar rienda á la expresión de sus propios afectos. Concurría, además, á la mediocridad de su obra, el hielo glacial de su temperamento, la escasez de calor y de vida en sus facultades. Se apartaba su manera de escribir de la vivacidad, exuberancia y colorido de Lucano, para caer en el extremo opuesto de frialdad y llaneza, singulares en escritor de origen hispano. Logró reunir la pureza clásica de la hechura con lo sublime de las doctrinas evangélicas; pero sin aquella espontaneidad y despejo que un siglo más adelante habían de brillar en el inefable abrazo del arte pagano con la excelsitud de los nuevos pensamientos.

El entusiasmo que no obstante los defectos de la versión produjo la novedad de Juvenco en sus contemporáneos, felices de conciliar en la lectura de la *Historia evangélica* el gusto clásico y sus afectos religiosos, no fue bastante á fijar término al período de languidez que abre un abismo en la historia literaria del siglo III y no cesa hasta principios del IV con el renacimiento clásico-cristiano de las letras; pero antes de salvar esta época de oscuridad y letargo, para colocarnos en presencia del inmortal cantor de los mártires, conviene señalar los géneros literarios á que iba el cristianismo á infundir de preferencia alientos de nueva vida; cosa importante para juzgar si PRUDENCIO anduvo acertado en la elección de los géneros á cuyo cultivo se consagró en el fervor de su inspiración cristiana.

La poesía épica, favorecida por los grandes nombres de Homero y Virgilio, ocupaba puesto tan relevante en la estimación de los antiguos, que con el ardor de que se sentían inflamadas las almas ante las hermosas perspectivas de la nueva religión, y á la lumbre purísima de la aurora que asomaba en los horizontes de la ciencia y del arte, nació en el mundo cristiano, entre otras nobilísimas ambiciones, la de oponer á la epopeya pagana una cristiana.

Del mismo modo que entre los griegos, Nonnos, antes de convertirse, compone las *Dionistacas*, pero apenas abraza la fe apostólica, se vuelve émulo de sí mismo, y opone la *Paráfrasis* á su obra gentilica, era igualmente natural que los cristianos de la región occidental quisieran competir con Claudiano, á quien Orosio califica de ser "el más obstinado de los gentiles." Sin embargo, razones eficaces se opusieron al desarrollo y fomento de la épica en el siglo IV. La Iglesia podía gloriarse de poseer una epopeya, heredada de la antigua Sinagoga, digna de ponerse en parangón, sin desdoro, con la griega, y aun superior á ella por la magnificencia del asunto, la alteza de los conceptos y la sublimidad de la idea; pero los fieles de aquel tiempo no daban muestras de conmoverse ante la insondable hermo-

sura literaria de la Biblia; acogían con ardor sus enseñanzas, pero tenían por bárbaros, en sentido artístico, los libros en que estaban contenidas. San Jerónimo se impuso por duro sacrificio, el aprendizaje del hebreo, y aunque llegó á entender é interpretar con acierto el sentido del texto, nunca pudo adquirir una pronunciación clara y correcta. Se mantenía extraño á las fuertes aspiraciones de la pronunciación semítica, sentía repugnancia por los contrastes de estilo y metáforas de la narración bíblica, y en medio de sus comentarios y traducciones, andaba temeroso de empañar ó comprometer la pureza de su bello estilo. El Evangelio inspiraba por su parte veneración tan profunda en el ánimo de los poetas cristianos, que la mayor parte de ellos se reducían á reproducir con la más respetuosa exactitud el significado literal del texto, sin proponerse todavía desentrañar los varios sentidos metafóricos de que era susceptible. Se salvaron del estrago del tiempo algunos ensayos, de autor incierto, de frase incorrecta, aunque cuidadoso de no alejarse del tipo clásico, como los poemas sobre *Sodoma* y *Jonás*, otros en que se permiten algunas libertades ilícitas en la explicación del original, de lo cual reprocha Gennadio al compositor de *Comentarios sobre el Génesis*, quien violentó el pensamiento genuino de las sagradas sentencias, añadiéndole recursos de su imaginación al describir con agudeza de ingenio las consecuencias de la caída original; pero tanto Mario Víctor como los demás autores que emplearon análogas libertades, son escritores laicos. Avito, que era obispo y pudiera alegarse como excepción, manifiesta en su poema más que energía épica, intenciones didácticas.

Si por las razones apuntadas no era posible que en el siglo IV se renovara con éxito el género épico, ¿qué decir de la dramática? La maravillosa eflorescencia de dramas religiosos, producida á impulsos del espíritu cristiano en la tierra de los *autos sacramentales*, no era fácil que se verificara en los tiempos á que nos referimos, cuando las fiestas de la Iglesia, las ceremonias y ritos sagrados, conocidos

bajo el nombre de LITURGIA, iban apenas en vía de formación, y si en el Oriente se llevaron á cabo algunas tentativas dramáticas de mediano valor, los escritores del mundo latino se conservaron extraños á producciones en el género citado.

El pueblo hebreo había cultivado con predilección el género lírico y una poesía moral, didáctica ó gnómica. Una raza eminentemente religiosa, única en conservar la fe en un solo Dios, raza que hacía de la fe todo su sér porque era la hija predilecta de Jehová, protegida y castigada sucesivamente por aquel amo divino, á quien reconocía justamente como á su único autor y árbitro de sus destinos, debía experimentar necesidad ineludible de entrar en diálogo con Dios, cuya mano presente y activa venía tejiendo de día en día la trama de su historia. Para colmar la amplitud de sus anhelos, produjo aquellos fervientes y magníficos salmos, inspirados por el Espíritu Santo, algunos de los cuales son himnos de alegría, efusiones de gracias, panegíricos al Eterno, *Laudate Dominum* arrebatadores é inflamados de amor y de aspiraciones infinitas; otros, quejas de intenso dolor, amargas lamentaciones, *De profundis* que conmueven, deprecaciones mezcladas de elación y humildad, de esperanzas y desconsuelos, de ardor y de abatimiento. Preocupada al mismo tiempo por el deseo de perfección y de unión con Dios en el cumplimiento de una moral pura y estricta, buscaba en su religión reglas de conducta que le indicasen el sendero más adecuado á su fin. Produjo, por tanto, una literatura rica en máximas y sentencias divinas, que se encuentran en los Proverbios de Salomón, y demás libros sapienciales, el libro de Job, y en otras fuentes y ejemplares de poesía didáctica.

La importancia que tomaron entre los fieles los salmos de David, manifiesta desde luego cómo el cristianismo iba á desarrollar y favorecer la poesía lírica. Penetrando en las almas recién convertidas, la creencia cristiana en un Dios solo, la sublime fe en la Providencia, que había inflamado el espíritu de los israelitas, desde las persecuciones

caldeas hasta las siro-helénicas, depositaba en ellas gérmenes de los mismos sentimientos exuberantes é irresistibles; una anchurosa y profunda fuente se formaba en el fondo de los corazones y se dejaba transparentar hasta sus más íntimos pliegues; un río de amor inextinguible, de ardientes aspiraciones, se expandía; ¿cómo no había de formarse una poesía lírica? No faltaban, en verdad, causas extrañas que impedían á los salmos producir su entera y saludable influencia en la poesía de los siglos juveniles del Cristianismo: la admiración que despertaban en la mente y en el corazón de los fieles había llegado á ser tan viva, que convirtiéndose en admiración profunda, debilitaba la emulación en lugar de excitarla. La contemplación de lo sublime tiene la propiedad de hacer que el ánimo desfallezca y se sienta como anonadado en su presencia. El contraste de lo infinitamente pequeño con lo infinitamente grande, suele abatir el vuelo de la fantasía y pone en el espíritu humillación y desconcierto. La excelencia y sublimidad de la poesía contenida en los salmos, paralizaba la inspiración y el pensamiento personales, que se satisfacían en múltiples comentarios, ó se agotaban en las reconditeces de la interpretación; pero tales obstáculos no aniquilaban por entero la influencia de un libro tan popular. La muchedumbre de los fieles los aprendía y recitaba de memoria en los templos; la inspiración cristiana se enardecía; el ardor y plenitud de los sentimientos, brotando en almas profundamente conmovidas y al mismo tiempo poseídas del arte, produjeron su efecto natural. La raza latina, hasta entonces tan rebelde á la poesía lírica, triunfó súbitamente de su añeja repugnancia. En los países griegos el florecimiento fue rico y brillante. San Gregorio Nacianceno, con su delicadeza, dulzura y melancolía, que aún conserva aires modernos, produjo notas que no había hecho vibrar la lira del paganismo. Entre los latinos surgieron San Hilario, San Ambrosio y PRUDENCIO, en cuyas obras se contiene la verdadera poesía cristiana.

Por lo que toca á la didáctica, tan pronto como la religión se fundó lo suficiente para hacer legítima y fácil la exposición versificada de la doctrina, nació inevitablemente la polémica para acabar de destruir el antiguo culto, y vencer las herejías que entonces iban apareciendo. Tomó así gran desarrollo la poesía didáctica, reforzada á veces de la sátira, otras mezclada con la lírica. Los mismos herejarcas acudieron al verso para propagar sus errores. Este nuevo género de poesía, que adquirió inmenso desarrollo en el siglo IV, respondía admirablemente á la necesidad que sentía la Iglesia de no cultivar el arte por el arte, sino de unir á lo bello la exposición de la verdad y de lo útil, satisfaciendo á la vez su eterno amor á la estética pura.

¡Cuán cierto es que si el arte no hubiera existido, la Iglesia lo habría creado!

ARTURO ACUÑA

(Continuará).

## LA MUÑECA

En una noche de Enero  
 una niña pordiosera  
 con los pies casi desnudos,  
 con las manecitas yertas,  
 cubriendo á modo de manto,  
 con su falda la cabeza,  
 y sin temor á la lluvia  
 que más cada vez arrecia,  
 contempla extasiada y triste  
 el interior de una tienda  
 que por su gusto en juguetes  
 es en Madrid la primera.  
 —¿Qué haces aquí? le pregunta,  
 con voz desabrida y seca  
 un dependiente, empujando  
 á la niña hasta la acera.

